

Los años con Carlos Fuentes

Marta Portal

Es apasionante descubrir cómo un escritor –todo gran escritor– va configurando y perfeccionando su propia técnica narrativa a lo largo de los días y las obras. Los más de cuarenta años con Carlos Fuentes, leyéndolo, estudiando sus ensayos literarios, escuchando sus conferencias, nos permiten *disfrutar* el placer de saborear sensualmente y penetrar intelectualmente ese magma viviente que es su última novela: *Los años con Laura Díaz*¹. Aquella emoción primera con que leímos *La muerte de Artemio Cruz*, o el deslumbramiento que nos produjo la complejidad estructural de *La región más transparente*, nos llevan ahora –en la obra que comento– a una lectura aquiescente, cómplice, trascendente, sin que por ello –por la índole de lectura que induce– la pasión, la admiración y la sorpresa estén ausentes. La narrativa de Carlos Fuentes se ha ido decantando, asentándose en gravedad la exuberancia², trascendiendo sus brillantes intuiciones de antaño en hallazgos formales sistematizados, y haciendo de la intertextualidad el espacio circular donde tradición y novedad se abrazan y se fecundan.

El aserto de Horacio Quiroga: «Los hombres no cuentan lo que ven sino lo que han leído sobre lo mismo que ven», se hace plausible en Fuentes, que cuenta lo que ve, lo que le han contado –y lo agradece–, lo que ha imaginado, y lo que ha leído sobre lo visto e imaginado. Realiza, así, lo que en crítica literaria llamamos «fusión estética», la compenetración de varios lenguajes artísticos: el plástico, el musical, el cinematográfico, el fotográfico, la lírica y todas las variantes genéricas del lenguaje escrito, el folclore, las artesanías, hasta el rayo, el aguacero y el seísmo se someten a la batuta de Fuentes para quedar correlacionados en el inmenso tejido, redivivo y autosuficiente, de esta novela total.

Carlos Fuentes ha querido hacer la novela de nuestro siglo, como Balzac quiso expresar el XIX en *La Comedia Humana*, y ha tenido el acierto de

¹ *Los años con Laura Díaz*, Madrid, Alfaguara, 1999.

² *En la despedida a Alfonso Reyes*, en 1924, Eugenio D'Ors subrayó el «contrapeso» que el regiomontano había supuesto frente a la facilidad y a veces superficialidad de la exuberancia hispanoamericana. «Él ha torcido el cuello de la exuberancia y ha dejado limpio de su imagen mítica el mapa ideal de nuestra América», Jaime Delgado, «Cincuenta aniversario de la actividad literaria de Alfonso Reyes», Cuadernos Hispanoamericanos, n.º 84, (diciembre 1956), p. 391.

decirlo todo, pero de *no explicarlo todo*. Ha dejado hablar a una época a través de una biografía, y como tal biografía no es descripción minuciosa de un período histórico, sino la vivencia –con sus luces y sus sombras– de los avatares de un siglo en el desarrollo de una personalidad y un carácter de mujer; es decir, un todo, pero incompleto, la visión de nuestra contemporaneidad desde un destino humano inextricablemente unido a otros destinos: una experiencia a la altura del lector. El libro de Fuentes nos hace reencontrar nuestro propio pasado –al menos el de mi generación–, en nuestros sueños, en nuestros amores, en nuestros fracasos, en nuestras preferencias y rechazos, también estamos ahí, en sus páginas.

A través de los ojos y la inteligencia de Laura Díaz vamos asistiendo al despliegue de una vida en un determinado espacio social, histórico y geográfico. La inmigración europea –alemana– en tierras feraces mexicanas, el porfiriato en la cantonada de los dos siglos, la hacienda cafetalera en la región de Veracruz. El viejo Buddenbrook, comerciante próspero de la ciudad hanseática de Lübeck y el financiero francés Nucingen, son los ejemplos y los mentores de los Kelsen, cuyo vástago Philip, simpatizante fervoroso del socialismo lasalliano, emigrará a América y fundará la estirpe de la que en el año 98 del siglo pasado nacerá Laura Díaz Kelsen.

De las huelgas de Cananea y Río Blanco, oirá hablar la niña Laura a su hermanastro Santiago, nueve años mayor, que ha concluido los estudios secundarios y se da un año de tiempo para elegir carrera universitaria, aunque la atención primordial del joven en esos momentos en el puerto de Veracruz es la política decadente de un régimen dictatorial que se sostiene con medidas sangrientas cada vez más represivas. Santiago Díaz es fusilado en noviembre de 1910 como conspirador contra el gobierno federal. Y en esa hora, en que la desgracia se abate sobre la familia Díaz Kelsen, que vela el cadáver del joven revolucionario, es cuando la impronta de la voluntad de la niña Laura –doce años– se deja sentir sobre la decisión policial («a los rebeldes se los vela en los panteones»), pidiendo a los padres un espacio más ancho: el mar, que el joven poeta tanto amaba. Laura, viendo el cadáver del medio hermano desaparecer en el mar, hacerse mar, promete obligarse a sí misma a ser fiel al recuerdo de Santiago y a imaginar y tener presente esa vida que a él le arrebataron prematuramente, «haciendo lo que tú no hiciste».

La novela se organiza estructuralmente como narrada e imaginada por el cuarto Santiago, el biznieto de Laura Díaz, que no la conoció pero que vivió rodeado de sus fotografías e inmerso en los recuerdos que de ella le transmitieron sus padres. A los 34 años, en un viaje profesional a Detroit para iniciar un documental sobre muralistas mexicanos, descubre emocio-

nadamente, en una mirada paciente y tensa al mural, en el rostro de una mujer trabajadora, masculinizada por el mono azul y el pelo corto, la expresión y las facciones de Laura Díaz, su bisabuela. Estamos en 1999 y el cuarto Santiago de la saga quiere revivir y recordar la vida de una mujer muerta, descubrir el secreto de su memoria.

Como en un corrido, una balada, o en un mural, pasan por Xalapa –y por la novela– los «héroes» y los sucesos revolucionarios. «El Centauro del Norte» y «El Atila del Sur» son traídos y llevados en las bocas del pueblo y sus efigies fotográficas en todos los periódicos. Entretanto, Laura Díaz estrena su primer traje largo y asiste a su primer baile de mujer. En «San Cayetano», una hacienda cafetalera como la de su abuelo Kelsen, Laura Díaz conocerá a un hombre que intenta seducirla y sólo la intriga y la inquieta con alusiones al hermanastro sacrificado. Más tarde, se convertirá en su primer amante adulterino. El breve encuentro con Orlando Ximénez prestigiará asimismo el misterio que envuelve la figura de Armonía Aznar, la anarcosindicalista catalana, refugiada en Xalapa, a la que nunca llegamos a conocer *de visu*.

En un baile del Casino de Xalapa, presentado por el abogado y poeta vanguardista Xavier Icaza (personaje real), conoce Laura al que muy pronto será su marido: el líder sindicalista Juan Francisco López Greene. Corre el año 1920, y en el mismo tren Interoceánico, que lleva a la pareja al Distrito Federal donde fijarán su hogar, le dan la noticia al marido de que el presidente Carranza ha sido asesinado. Así, para por la vida de Laura Díaz la historia turbulenta de México, en noticia directa por la posición política de López Greene, que quiere «aleccionarla» en la realidad, o en forma de «caldeo» cuando va a producirse, y ya se comenta en los círculos y reuniones a que la lleva su amante, aquel joven del primer baile, Orlando Ximénez, a quien reencuentra años más tarde en el Defe o llega a ella literaturizada, en la gran novela *Los de abajo*, que Laura lee al ser «descubierta» en los medios literarios capitalinos la novela revolucionaria del doctor Azuela. Gobierno de Obregón, primer ministro de educación: «un filósofo exaltado y brillante». El asesinato de Obregón por un sacerdote católico cuando intenta «reelegirse». En estos días, Laura da asilo en su casa impremeditadamente a una extraña mujer, encontrada en la calle, que resulta ser cómplice del magnicidio. Seis, ocho, más años de casada, dos hijos ya, y los primeros síntomas de desavenencia larvada en el matrimonio. Unos días de descanso en la casa familiar del Trópico, y a su regreso, lee en *El Universal* la noticia de que a su anónima protegida, una monja carmelita, se le ha aplicado el expeditivo procedimiento de la «ley de fuga», al ser arrestada en un domicilio cercano al bosque de Chapultepec. La «traición» del marido,

delator sin duda de su protegida, es la gota que derrama el vaso en que rebosan un cierto desánimo, un cierto desgaste, una cierta irritación en el roce de los cuerpos en la cama matrimonial, que viene detectando Laura Díaz. La maleta, un taxi, y una bofetada brutal del marido, son los gestos, expeditivos también, de esta primera ruptura.

Con Orlando Ximénez, su primer amante, vivirá en el hotel Regis, del Paseo de la Reforma, dieciséis meses. Meses de aprendizaje de una cultura superficial, unos tópicos *ready-made*, o improvisados para cada ocasión. Él será su introductor en las fiestas de la alta sociedad mexicana, resucitada y mestizada en la posrevolución, un fresco de personajes reales identificables y de personajes literarios cuya muestra más representativa es Artemio Cruz. Otro paseo al que la conducirá de la mano Orlando –como Virgilio a Dante– es al círculo infernal del desengaño, a la barriada suburbial donde viven hacinados monstruos, tullidos, enanos, miserables de toda índole y condición. ¿Ves? «no hay remedio», le dice el misterioso Orlando, no podemos o no queremos o no sabemos conjurar toda la miseria del mundo. Estampa expresionista que recuerda *El suburbio*, de Georges Heym, y, en la tradición hispánica, los aguafuertes de Goya.

La música –Carlos Chaves–, la pintura –conoce y convive con Diego Rivera y Frida Kahlo–, la literatura contemporánea, sobre todo, los poetas –Vallaurrutia, Gorostiza–, el teatro, la alta costura, todo va asumiéndolo Laura Díaz, guardándolo en su corazón como su madre Leticia guardaba en armarios y despensas orfebrería y alimentos para halagar y fomentar el buen gusto en el hogar. Laura regresa a la Avenida Sonora, al domicilio familiar, y organiza de nuevo la vida con el marido y los hijos, acompañada de la tía mestiza, traída por Xalapa para reservarse a sí misma espacios y huecos de disponibilidad, de libertad de movimiento, de una cierta independencia.

La progresión orgánica del texto novelesco conjuga la biografía y la historia contemporánea que se van sucediendo como las hojas de un calendario, entretejidas, «surco, sangre y ceniza». Es una historia de vidas y por tanto una historia de muertes, de amor, de pasiones políticas, de sueños utópicos, de derrotas, de desgarros... Laura Díaz, una mujer madura, todavía joven –cuarenta años–, conoce al gran amor de su vida: Jorge Maura, nuestro compatriota, en el que se hace reconocible el personaje real de Jorge Semprún, literaturizado por supuesto, pero con señas de identidad indudables: «republicano español», «descendiente del primer ministro reformista A. Maura y Montaner», «pelo blanco desde joven», «cabeza íbero-romana»... No es que Laura rompa de nuevo con su familia por el amor de Jorge Maura, es que desde la primera noche en que se conocen, no

se dejan el uno al otro y ella no regresará a la Avenida Sonora hasta casi dos años más tarde.

Maura será otro de los mentores de Laura Díaz. Maura le dará una perspectiva más amplia, más europea, más universal que las que le dieron el marido y Orlando Ximénez. Él ha vivido la guerra civil española, la persecución nazi de los judíos, el campo de Buchenwald, ha estudiado con Husserl en Friburgo, conoce los entresijos de la política internacional, la decepción y las dudas que empiezan a lastrar la ideología socialista. En las tertulias del *Café de París*, de México, Octavio Barreda, Maura y sus amigos españoles, Vidal y Basilio Baltasar (otro guiño anacrónico de referente real), la ilustrarán en las diferencias entre republicanos demócratas y anarquistas, entre comunismo y liberalismo. Así como la historia del obrerismo mexicano la recibió Laura, de refilón, a través de las conversaciones de su marido con otros dirigentes de la CROM, reunidos en el comedor de la casa de Sonora, apartada ella en la habitación de al lado, o bien en directo de Juan Francisco cuando ella le sonsacaba, más para descifrarlo a él que para formarse una opinión objetiva del sindicalismo, las tertulias de Maura y los republicanos españoles le dan una perspectiva del entramado político del mundo occidental.

Entretanto, la familia de Laura, sus hijos, van haciéndose hombres, muy diferentes los dos. El primero, Santiago –nombrado así en recuerdo del medio hermano mártir–, con indudables dotes artísticas, trabajará con Diego Rivera y se empapa de Van Gogh y Egon Schiele. «Santiago el Menor», lo llamará su madre, que lo adora y lo apoya constructivamente en su vocación artística. El segundo, Dantón (nombre elegido por el padre) frío y calculador desde joven, estudiará derecho, no querrá incorporarse a la lucha sindicalista del padre, y decidirá medrar en el neocapitalismo mexicano que comienza a propiciar el gobierno de Alemán. El marido va apagándose políticamente, autoderrotándose, hasta que le llega el final: una muerte anodina en el cotidiano cuarto de baño. La muerte del hijo Santiago fue dolorosísima para Laura Díaz, viéndolo extinguirse día a día por el desgaste de su sistema inmunológico. «Llega un momento de la vida en que nada tiene importancia salvo amar a los muertos», es la frase inicial del capítulo que cronológicamente marca la mitad del siglo XX en la vida de Laura Díaz. Todavía habrá otro hombre en los años de Laura Díaz, el norteamericano Harry Jaffe, que participó muy joven en la guerra civil española, víctima más tarde en las purgas «macartistas» ahora en Cuernavaca con el grupo de expatriados de Hollywood. También el exilio español en México, con sus figuras emblemáticas –en la obra y en el corazón de Fuentes, me consta–: Buñuel, Max Aub, Cernuda, Manuel Pedroso..., tendrá

sus brillantes viñetas en el texto de nuestra contemporaneidad. La prosperidad apabullante del hijo Dantón, casado con una millonaria, metido en negocios poco claros, conchabado con políticos corruptos, provoca la capacidad de desprecio de Laura hacia este hijo sin ideales que no reconoce más dignidad que la del dinero a la sombra del poder.

Tras el seísmo de 1957, Laura Díaz abandona por tercera y última vez la residencia en ruinas de la Avenida Sonora. Desde el nuevo apartamento en la Plaza de Río de Janeiro, Colonia Roma, con la Leica que le regaló el comunista norteamericano Harry Jaffe, y casi sesenta años, Laura sale a ese espacio amado, a esa región, no ciertamente la más transparente del aire, pero quizá sí la de mayor fuerza telúrica, la que es capaz de provocar amores y odios súbitos, la ciudad de México, con sus desplantes climáticos, con su agresividad, con la caricia de su infinita dulzura en las primeras horas mañaneras; México, Distrito Federal, su historia, su clima, sus gentes, son ahora la pasión remozada de Laura Díaz, transmitida a las películas fotográficas, que acreditarán su nombre como fotógrafa de fama y reportera profesional de las grandes agencias mundiales. Logra hacerse por fin dueña de una profesión y de un medio de vida.

En la Navidad de 1965, Santiago López, hijo de Dantón, nieto de Laura Díaz, a quien apenas conocía, con su novia Lourdes Alfaro, se viene a vivir con la abuela, por no querer el joven seguir las imposiciones del padre, pretendiendo trazarle el mismo camino de «mordidas», «servicios», «comisiones ilegales» y «acomodos» al político de turno, que ha venido recorriendo él. El tercer Santiago y su novia se casan y viven en familia con la abuela. Nace en el hogar de Laura independiente el cuarto Santiago, el biznieto, pero apenas cumplidos los dos años el Santiago IV, a Laura Díaz le toca fotografiar el cadáver del tercer Santiago, el nieto, asesinado el 2 de octubre en la Plaza de Tlatelolco.

Los Ángeles 2000 es el espacio y la cifra que como colofón estructural cierra la vida de Laura Díaz, pensada, imaginada, inventada y suplida por su bisnieto, el cuarto Santiago. El último de la saga, ahora en Los Ángeles, ha de realizar un reportaje fotográfico sobre el mural recién restaurado que en el año 1930 realizara en esta ciudad David Alfaro Siqueiros.

Como Flaubert, como «Clarín», como Tolstoi y Dostoievski, Carlos Fuentes ha creado y se ha recreado en la construcción de un personaje de mujer, del que seguramente si lo apuraran mucho podría decir: «Laura Díaz soy yo». En la novela, asistimos a la maduración sentimental e intelectual de la protagonista y a la «hechura» de una mujer prototípica del siglo XX, que sobre todo en la primera mitad del siglo «lo tuvo muy difícil». Una mujer con sus tanteos y sus indecisiones, con su voluntad de «querer ser»,

de «querer hacer»; y que acierta y se equivoca. Una mujer que intenta ser independiente, todavía no «liberada» (aún no la liberación de las *Women's Lib*). Una mujer con sus debilidades y sus arrestos, una mejor como todas. No es una mártir como Edith Stein³ (o como Raquel Alemán, en la novela), no es una filósofa como Simone Weil, es la mujer alerta y paciente, que acumula experiencia, vida, que escucha, y que a solas transforma lo recibido en sabiduría existencial. Es esa mujer paradigma de la fémica del siglo XX, que ahora, en el último año del siglo, nos dará un avatar, Louise Arbour, Procuradora del llamado Tribunal Penal Internacional, que se atreve a inculpar a Milosevic y otros tres dirigentes yugoslavos de crímenes contra la humanidad resolviendo así jurídicamente un conflicto bélico internacional.

Laura Díaz vive y aprende, se abre a los demás, protege a los desvalidos, ampara a los perseguidos sin preguntar filiación, y se ausculta a sí misma para saberse, para saber qué parte es esencialmente suya o qué es hechura de los otros, débito de los otros y débito a los otros, surco que aguarda ser colmado. Pues en el texto subyace una filosofía existencial que Fuentes psicologiza: la posibilidad siempre abierta de reinterpretación histórica. Nuestras vidas son incompletas, y esa incompletez la realizarán otros, del mismo modo que nosotros llevamos a cabo, consumamos proyectos, sueños, amores de otros que nos precedieron. No se puede decir que cada tiempo y cada vida en sí solos tengan un sentido pleno. Los tiempos y los destinos no están cerrados ni irrevocablemente pasados y siempre es posible un acceso a ellos que los determine en su esencia. Este acceso al destino y «los años» con Laura Díaz es el que realiza en la ficción novelesca que comentamos el cuarto Santiago.

En fin, una gran novela ideológica en el sentido sartriano, no por la enorme información sobre las ideologías políticas de nuestro tiempo, que la hay, sino porque esa información nunca es expositiva sino encarnada en la peripecia vital de los personajes, que asumen su fe y sus dudas con apasionamiento dialéctico, pero *no dejan de actuar por nada*. «Ideología –escribió Sartre– es la totalidad sintética frecuentemente contradictoria de todo lo que la época ha producido para ilustrarse». Y, aquí, en las 467 páginas de la novela de Fuentes, tenemos no sólo lo que la época ha producido –a partir de coordenadas impuestas por la realidad– para explicarse a sí misma y para expresarse a sí misma, sino también todo lo que la época ha heredado y arrastra de su pasado, y todo lo que la época ha imaginado y proyectado sobre su futuro.

³ Edith Stein y Simone Weil son sacadas a colación en determinados contextos de la novela.